

# EL MUNDO

Lunes, 19 de septiembre de 2005. Año XVII. Número: 5.760.

## ESPAÑA

### CRONICA DE LA SEMANA

## La guerra de los Manolos

CASIMIRO GARCIA-ABADILLO

En la corta pero intensa historia de la CNMV se han visto cosas realmente increíbles. El regulador se ha dejado meter goles por la escuadra, como ocurrió con el caso Ibercorp; la compra de opciones de Telefónica por parte de Juan Villalonga; Gescartera, o la adquisición de acciones de Tabacalera por el precoz sobrino de Alierta..., por mencionar sólo algunos. En fin, que no ha habido presidente de la institución que no haya estado bajo sospecha. Bien es verdad, que en unos casos con más justificación que en otros.

Pues bien, aquí tenemos a Manuel Conthe (hombre que impuso Solbes, tras su primer gran pulso con Miguel Sebastián, que apostaba por Carlos Arenillas), entrando como elefante en cacharrería en la que promete ser su gran prueba de fuego, tras el traspies de la investigación a Francisco González (presidente del BBVA) en pleno acoso por parte de Sacyr (Del Rivero).

Los reguladores se han movido siempre entre la fidelidad al Gobierno y al partido que les nombró y el deber de cuidar la transparencia del mercado. Pero, cuando ha llegado el momento de la verdad, siempre se han inclinado por la primera opción. Ya se sabe que en política, la lealtad es el valor que más cotiza.

Es verdad que en ese aspecto Conthe no ofrece grandes diferencias con sus predecesores. Sin embargo, su afán de protagonismo y su arrogancia intelectual añaden a los riesgos que comporta su cargo componentes temerarios.

Al presidente de la CNMV no se le puede negar brillantez. Pero su vertiente genialoide y su autosuficiencia justiciera le juegan malas pasadas. Cuando ocupaba la Dirección General del Tesoro solía decir que el PP nunca podría llegar al poder porque no tenía en sus filas a un hombre adecuado para ese cargo. Su debilidad por los enfoques originales le llevó en una ocasión a teorizar a favor de la pena de muerte por motivos económicos. En una reciente reunión de altos cargos del Ministerio de Economía se despachó con la tesis de que en España era imposible reducir los costes de despido mientras las

empresas pagaran indemnizaciones como las de Amusátegui o Corcóstegui (y en eso tal vez no le falte razón).

Su fuerte carácter le procuró no pocos disgustos en su etapa en el Banco Mundial (en el que aterrizó en 1996 con el apoyo explícito del entonces vicepresidente económico, Rodrigo Rato). Acabó siendo degradado de la vicepresidencia del Sector Financiero tras una agria disputa con su presidente, James Wolfenshon, al que acusó de corrupción.

Seguramente útil para muchas otras cosas, la dirección de una institución como la CNMV, en la que toda prudencia es poca, no parece ser el puesto más adecuado para una personalidad tan exhuberante como la suya.

Y eso se pudo constatar en su comparecencia (acompañado por Arenillas, finalmente vicepresidente de la CNMV) en la rueda de prensa del pasado viernes, que, sin duda, pasará a los anales de la Comisión de Valores como la prueba más clara de parcialidad que haya dado jamás en público un regulador de mercados.

Si Pizarro o el consejo de Endesa incurren en acciones prohibidas por la ley, porque con ellas están perjudicando los intereses de los accionistas de la compañía, lo que debe hacer Conthe es actuar de inmediato. Nunca lanzar insinuaciones sobre actos (como la contratación de bancos de inversiones) que son absolutamente legítimos mientras no se demuestre lo contrario. No se puede dejar caer como si tal cosa que el presidente de Endesa lo único que busca es mantenerse en el cargo «envolviéndose en la bandera de la compañía» y menos aún calificar su recurso ante la Audiencia como una «amenaza al regulador propia de un país bananero».

Pero si las descalificaciones al gestor de una empresa cotizada suponen una extralimitación en las atribuciones de un funcionario que debe limitarse a velar por la transparencia, lo que rebasa por completo los más elementales criterios de cautela, son las valoraciones que Conthe se permitió hacer sobre algunos extremos relacionados con la OPA.

Cuando la mayoría de las empresas eléctricas del país y muchos analistas imparciales han puesto en cuestión el acuerdo entre Gas Natural e Iberdrola sobre la venta de activos de Endesa (sin que se dé la posibilidad a que otras compañías tengan opción a adquirirlos, lo que serviría para fijar un mejor precio), calificar dicho pacto como «sensato» y alabarlo como una prueba de que la OPA «no tiene flancos», es algo que en cualquier país serio hubiera supuesto la intervención inmediata del ministro de Economía para exigir, al menos, una rectificación.

Si alguien dudaba de la existencia de interferencias políticas en la OPA de Gas Natural sobre Endesa, tras las inauditas declaraciones de Conthe ya nadie puede negar que hay una voluntad clara por parte del Gobierno de favorecer la operación, aunque sea a costa de los accionistas de Endesa, o, peor aún, de los consumidores.

Pero, a lo que parece, Conthe ha dado en hueso con Manuel Pizarro. El de Teruel (que se ha apuntado un tanto tras la declaración de las Cortes de Aragón en contra de la OPA de Gas Natural) no es hombre que se arredre con facilidad. Es más, las amenazas y la arrogancia de sus adversarios le han fortalecido y han aumentado sus deseos de luchar hasta el final «con uñas y dientes».

En un escenario tan cargado (en el que han aparecido hasta detectives privados) resulta muy difícil que la operación se juzgue en sus estrictos términos económicos. Los nueve consejeros de la Comisión Nacional de la Energía (CNE) -cinco de los cuales fueron nombrados a propuesta de partidos que se han definido a favor de la OPA mientras que otros cuatro se alinearían a priori con el PP, que está abiertamente en contra- van a sufrir presiones de todo tipo para que su trascendental dictamen se guíe no precisamente por criterios técnicos. No obstante, va a ser muy difícil que los miembros de la CNE, sean cuales sean sus posiciones, se sustraigan a las que adoptaron con anterioridad sobre operaciones similares (siempre estuvieron mayoritariamente en contra) o a la postura que mantiene Bruselas respecto a las integraciones verticales en el sector energético. La UE ha vetado este año la fusión de las compañías de gas y electricidad en Portugal sobre la base de los perjuicios que acarrearía para la libre competencia.

En esta situación, la actitud que adopte La Caixa (accionista principal de Gas Natural) es el elemento determinante. La entrada en el capital de Endesa de la aseguradora AXA a un precio igual al de la OPA obliga, de facto, a la compañía gasista a elevar su oferta si quiere que tenga éxito. ¿Hasta dónde está dispuesta a llegar La Caixa en su apuesta por Endesa? Por otro lado, la entidad financiera, que tiene centenares de sus oficinas fuera de Cataluña, no debe desdeñar el daño que puede causarle la agresiva campaña iniciada tras la OPA y a través de mensajes telefónicos instando a sus clientes a que retiren sus fondos.

Isidre Fainé (primer ejecutivo de La Caixa) siempre ha sido partidario de un acuerdo con Caja Madrid, que, de producirse, desactivaría gran parte de la carga política que hoy tiene la OPA sobre Endesa y al que habría que sumar necesariamente a Pizarro.

Seguramente, un pacto sería la mejor solución para evitar daños mayores.

Pero, para que la negociación se lleve a efecto, lo primero que tiene que hacer Gas Natural es retirar su OPA. Cuando una de las partes tiene una pistola en la sien, que es justamente la situación de Endesa, no se puede hablar de diálogo, sino de chantaje.

casimiro.g.abadillo@el-mundo.es

© Mundinteractivos, S.A.